Sólo aparentemente el partido anavita había muerto. Por quinta o sexta vez se alzó el pietismo vencido y trató de recuperar el poder. Se habían olvidado los excesos de los fanáticos del tiempo de Ezequías. La regencia dejaba a los movimientos populares libertad para que fructificaran. Sobre 630 se vio resucitar al antiguo espíritu que parecía haberse extinguido con Isaías.

La existencia de aquel renacimiento del profetismo mesiánico y anavita parece que fue dado a conocer por un tal Sepaniah, conocido con el nombre de Sofonías. El corto escrito que se conserva de este profeta es de los más sombríos. Contiene las agrias cóleras del redactor jehovista de la Thora contra la civilización. Jerusalén es una ciudad mundana llena de horrores. El culto de Baal es oficial: hay gentes que se arrojan en sus techumbres ante los astros del cielo y juran a un tiempo por Jehová y Moloch. Esa ciudad indócil no escucha ninguna advertencia precursora. Sus jefes, jueces y sacerdotes son todos injustos y prevaricadores. Los profetas son embusteros. En nombre de su inspiración personal, Sofonías se levanta para anunciar lo cercano que está el día de las venganzas divinas sobre Judá y los gentiles.

Esto le parecía a Sofonías la imagen de un gran banquete, de un sacrificio soberbio. Los invitados están dispuestos. Son príncipes, ministros, partidarios de las modas exóticas, cortesanos favorecedores de las malas costumbres de la casa real, cananeos negociantes con grandes cantidades de dinero, impíos que no creen que Jehová se ocupa de los asuntos de la humanidad para bien ni para mal: únicamente los *anavim* se salvarán aquel día, por su justicia y humildad. Anunciaba Sofonías la destrucción de los filisteos, cuyo país se adjudicaría momentáneamente a Judá. Moab y Amón, hostiles a Israel, sufrirían mil desventuras. Nínive será aniquilada también.

Según Isaías, el espectro negro, instrumento de la ira de Jehová, era Asiria. Pero roto a mediados del siglo VII el imperio asirio, los ejecutores de la sentencia divina serán los bárbaros innominados (medos y escitas) que amenazaban a Asiria por el Norte y el Este. Los escitas, durante la minoría de Josías, ejercieron en toda el Asia Anterior un poderío del que tuvo que enterarse el pequeño reino de Judá. Pero como esta dominación no dejó en la historia de Israel ningún rastro positivo, no sería ajustado a la sana crítica histórica fundar, en base tan débil, grandes hipótesis. Las predicciones de los profetas solían tener objetivos bastante vagos. Sus imágenes del fin del mundo eran como unos lugares comu-

nes fuera de toda aplicación exacta. Nahum y Sofonías perfectamente pudieron formular sus amenazas sin tener presentes más que las imágenes generales dadas por el profetismo anterior.

Al parecer Sofonías no impresionó demasiado a la sociedad de su tiempo. Pronto surgió en el mundo profético una individualidad mucho más poderosa que decidió la suerte de Israel. Esta individualidad era Jeremías, que fue en su tiempo lo que Isaías en el suyo. Muy inferior a su antecesor en talento, tuvo más seriedad trágica, una obstinación más terrible. Fue el primer santo, en la acepción restringida de la palabra. Los sombríos guardianes del bien que conocieron nuestros siglos XV y XVI, tendrán en este profeta su antepasado, su patrono celestial, su modelo, malo de imitar muchas veces.

Jeremías es uno de los hombres más importantes que ha tenido la Historia. No es el fundador del judaísmo, pero sí su primer mártir. A no ser por este hombre extraordinario, la historia religiosa de la humanidad habría seguido otro camino. No habría habido cristianismo.

El profetismo judío coge con Jeremías un nuevo camino. Se pronuncia mucho más el carácter religioso: el tribuno se va pareciendo al sacerdote. Jeremías es principalmente hombre piadoso y de severa moralidad. Es un fanático que odia a sus adversarios, considera criminales a los que no admiten su misión profética y desea y anuncia su muerte.

A Jeremías se le debe colocar entre aquellos grandes reaccionarios que no merecen nuestras simpatías, pero cuya representación en la Historia es justo conocer. Desde el punto de vista literario, la decadencia es perceptible en él. Le falta a su estilo la firmeza clásica de los escritores del siglo de Ezequías: es claro, prolijo y fecundo, delata la imitación y está lleno de reminiscencias de escritos anteriores. Pero el genio religioso de aquel hombre no tuvo semejante. Pocas veces se ha apoderado de la conciencia humana una tendencia moral hasta tal punto, llenándola de pasión concentrada, con un nínimum de móviles de acción que sorprende. Jeremías no es un filósofo, ni un supersticioso, ni un sacerdote, ni un militar, ni un político: no tiene ciencia alguna del mundo. Su teología es sencillísima, nulas sus ideas sobre la otra vida. Y sin embargo, ¡qué tenaz fe en el bien! ¡Qué valor en los fracasos! ¡Qué grande en su soledad, qué heroico en la cárcel, qué sublime en su desolación!

Jeremías era hijo de un pastor de Anatoth (población situada a una legua al Norte de Jerusalén), y su familia era de las que disfrutaban desde la más remota antigüedad el privilegio de poder ofrecer sacrificios a Jehová. Parece que extrajo de las profundidades del jehovahismo el fanatismo intenso que desde muy joven lo llevó al horno ardiente de las pasiones de Israel.

Tenía el rey Josías veinte años (627 antes de J.C.) al entrar Jeremías en la carrera profética. El círculo de su acción empezó a limitarse a sus compatriotas. Su palabra era dura y austera. El tono de autoridad exagerado que empleaba amotinó a los oyentes contra él. La gente de Anatoth negó su vocación profética y quiso matarle.

Se mostró Jeremías ya en esta primera época como lo que fue toda su vida: un exaltado, un inquisidor, que se atraía el odio de todo el mundo con sus fulminantes invectivas. Lo que más nos llama la atención es la

hipocresía de su moderantismo y su afectación de debilidad. Como verdadero jehovahísta, fió su venganza a Jehová, convencido de ponerla en buenas manos. Gracias a una revelación conoce los peligros con que le amenazan sus vecinos, y entonces sale de su pueblo y va a Jerusalén, donde su predicación ardiente encontrará terreno más digno de ella. Desde este momento es Jeremías el jefe de la gran reacción que ya no acabará, que llegará hasta los Macabeos y luego con raras variaciones de tono hasta San Juan Bautista, Jesús, Santiago, hermano del Señor, y a la parte ebionita de los fundadores del cristianismo, a Rabí Aquibea, a Judá el Santo.

Jeremías opinaba que el profeta era una especie de Papa infalible, encargado de discernir las cosas, revestido de plenos poderes de Jehová, de quien es confidente íntimo.

Dicha teoría de la misión espontánea tiene su grandeza, pero aplicada a las instituciones políticas, sólo puede llevar a la anarquía. Primeramente Jeremías era un exaltado jehovahísta, y para él el mayor de los males era el culto a los astros y los ritos paganos, traídos del extranjero.

Sin embargo, parecía aliado secreto de las hordas del Norte, y más tarde de los *casdim*. Estas hordas terribles son para él los que realizan la voluntad de Jehová. Le preocupa una invasión procedente de los más remotos países del Norte, pueblo numeroso, cruel, con una caballería auténtica, y armado de arcos y dardos, assolador de todo.

Debía aún existir Nínive cuando Jeremías lanzaba tales amenazas. Uno de sus escritos más perfectos es el retrato de semejante invasión que no existió más que en su fantasía. La invasión llegaría efectivamente; pero más tarde y procedente de otro sitio. Se necesitaba sagacidad, pero no dones sobrenaturales, para prever la ruina de Jerusalén con cuarenta años de anticipación. Las grandes fuerzas que en Asia se agitaban no podían dejar espacio a la pequeña individualidad de Judá. La situación del pueblo israelita en el siglo VII se asemejaba a la que atravesó en el siglo I de nuestra Era ante la masa creciente del imperio romano. Las predicciones que se ponen en boca de Jesús sobre los sucesos del año 70 son del mismo orden que éstas de Jeremías. El espíritu judío ha estado siempre muy capacitado para predecir las evoluciones generales. Jeremías comprendió que el reino de Jerusalén sería destruido como el de Samaria. Pero no por eso perdería su porvenir. Se cortará el árbol, pero quedará el tronco y éste retoñará. Formarán entonces a Israel las dos familias reunidas, sumisas a Jehová. Jeremías atiende poco a los ritos y no aprecia más que el culto del corazón. Los sueños brillantes de los profetas del siglo VIII sobre la futura conversión del mundo a la religión de Israel no le sonríen mucho. Sólo una vez el gran idealismo israelita le eleva al concepto del culto puro, haciéndole decir: «No se hablará entonces del arca de la alianza de Jehová, ni se acordará nadie de ella. Se llamará a Jerusalén el trono de Jehová y en su nombre se citarán allí todos los pueblos.»